

www.elboomeran.com
PRELUDIOS

TURNER MÚSICA



www.elboomeran.com

SANTIAGO MIRALLES HUETE

PRELUDIOS

UNA HISTORIA DE LA MÚSICA
EN 24 DIÁLOGOS

TURNER MÚSICA

Primera edición: septiembre de 2012

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni de otra manera sin previo permiso de los editores.

© Santiago Miralles Huete, 2012

Fotografía de cubierta: Erich Lessing / Album. Interior de una casa vienesa

De esta edición:

© Turner Publicaciones S. L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

ISBN: 978-84-7506-453-6

Depósito legal: M-28646-2012

Impreso en España

Para Eduardo y Yago

Solo la música puede crear una complicidad indestructible entre dos seres. Una pasión es perecedera, se degrada como todo aquello que participa de la vida, mientras que la música pertenece a un orden superior a la vida y, por supuesto, a la muerte.

Émile M. Cioran

ÍNDICE

I.	24 preludios	
1581.	<i>Madrigales espirituales</i> (Palestrina y Victoria)	15
1604.	<i>Orfeo</i> (Monteverdi y Galileo)	25
1715.	<i>La Stravaganza</i> (Vivaldi y Von Uffenbach)	35
1732.	<i>Música de mesa</i> (Telemann)	45
1784.	<i>La música nocturna de las calles de Madrid</i> (Boccherini y Goya)	53
1785.	<i>Las bodas de Fígaro</i> (Mozart y Da Ponte)	65
1793.	<i>Sinfonía 99</i> (Haydn y Beethoven)	77
1812.	<i>Octava Sinfonía</i> (Beethoven y Goethe)	89
1827.	<i>Viaje de invierno</i> (Schubert)	101
1835.	<i>Nocturno op. 9 n° 26 en mi bemol mayor</i> (Chopin, Bellini y Heine)	107
1845.	<i>Concierto para violín en mi menor</i> (Mendelssohn y David)	119
1848.	<i>Quinteto para piano en mi bemol mayor</i> (Clara y Robert Schumann, Listz)	129
1849.	<i>Sigfrido</i> (Wagner y Bakunin)	141
1863.	<i>La fuerza del destino</i> (Verdi y el Duque de Rivas)	153

1866. <i>Missa solennis</i> (Liszt habla de Berlioz)	163
1872. <i>Boris Godunov</i> (Musorgsky y Rimsky-Korsakov)	173
1875. <i>Carmen</i> (Bizet y Du Locle)	185
1891. <i>Quinteto para clarinete en si menor</i> (Brahms)	195
1893. <i>Sinfonía n° 6 en si menor, "Patética"</i> (Chaikovsky)	207
1907. <i>Iberia</i> (Albéniz, Falla y Viñes)	215
1908. <i>La canción de la tierra</i> (Gustav y Alma Mahler)	225
1912. <i>La Consagración de la Primavera</i> (Stravinsky, Debussy y Laloy)	235
1945. <i>Tapiola</i> (Sibelius)	235
1948. <i>Cuatro últimas canciones</i> (Richard y Pauline Strauss)	253
II. Una fuga (Haendel y Bach)	263
III. Notas al programa	293
Bibliografía	315
Agradecimientos	323

www.elboomeran.com

I

24 PRELUDIOS

Altus II. Thomas Ludovicus de victoria Quatuor voc. IIII

Lena filii celi et terra gloria tu a gloria tu a gloria tu a gloria tu a gloria tu

Glanna in excelsis Glanna in excelsis. Superius II A 4

Benedictus qui venit in nomine domini

Benedictus qui venit in nomine domini in nomine domini in nomine domini

Lena filii celi et terra gloria tu a gloria tu a gloria tu a gloria tu

a Glanna in excelsis Glanna in excelsis. Altus II A 4

Benedictus qui venit in nomine domini

Benedictus qui venit in nomine domini in nomine domini in nomine domini

T. Ludovicus

Magnificat, Tomás Luis de Victoria.
Archivo de la capítular de Tudela.

1581

MADRIGALES ESPIRITUALES

Roma, febrero de 1581, en la casa de Pierluigi de PALESTRINA. Tomás Luis de VICTORIA (de treinta y tres años de edad) ha venido a visitar a PALESTRINA (de cincuenta y seis). Ambos están sentados delante de la chimenea de la sala, los rodea la oscuridad. Miran el fuego en silencio, VICTORIA carraspea y pregunta:

VICTORIA. Dígame, maestro, con el corazón en la mano, ¿se encuentra bien?

PALESTRINA. Sí, a Dios gracias.

VICTORIA. Le vemos un tanto retirado y huidizo estos días.

PALESTRINA. ¿Para eso has venido?, ¿para ver si no he caído en la desesperación?

VICTORIA. Solo quería saludarle y brindarle un poco de compañía.

PALESTRINA. Y yo te la agradezco. Pero, ¿no será que te ha enviado Felipe Neri? Habláis mucho vosotros dos, no perdéis ocasión de sentaros juntos en San Jerónimo de la Caridad. Has de saber que con él no tengo secretos y, si los tuviera, me los sonsacaría cuando me invita a que confiese mis pecados, cosa que hace con regularidad... Ignoro por qué, francamente, ya que mi vida es muy aburrida.

VICTORIA. Entonces no habrá un resquicio de su alma que no conozca, porque a pocos sacerdotes he encontrado yo que sepan escudriñar a los hombres como él. El sacramento de la confesión es de poco uso, sin embargo, si el penitente se oculta las verdades a sí mismo: el sol, por muy potente que sea, no puede arrojar luz en los rincones de quien no se ha explorado antes con la antorcha de la introspección.

PALESTRINA. No sé adónde quieres llegar, hijo. Si me veis taciturno últimamente es porque estoy ocupado componiendo, y eso, como sabes muy bien, requiere algún ensimismamiento.

VICTORIA. Sí, hay que concentrar todas las facultades del alma en esa tarea, y aun pedir la ayuda del Altísimo.

PALESTRINA. Ando todo el día de Ceca en Meca, tocando el órgano, ejerciendo de maestro de capilla, participando en los oficios; ¿cuándo he de sentarme a componer? Me retraigo porque busco un poco de paz.

VICTORIA. Espero no haberle importunado con mi visita.

PALESTRINA. ¡Oh, vamos, vamos! No me vengas tú con esos miramientos. Contigo tendría confianza para echarte de casa si me molestaras. Aunque ahora seas un venerable sacerdote y tu fama vaya en aumento, no dejaré nunca de verte como el mozalbete a quien di clases en el Seminario Romano.

VICTORIA. Ni yo de considerarle mi maestro... ¿Está componiendo estos días? ¿Se siente sereno para escribir?

PALESTRINA. Estoy trabajando en los madrigales sobre textos de Petrarca; querría darlos a la imprenta cuanto antes.

VICTORIA. ¿Madrigales profanos?

PALESTRINA. No, son las mismas loas a la Virgen Santísima que habéis oído ya en las reuniones de la Congregación del Oratorio; composiciones pías, pero escritas en italiano y con la frescura del madrigal.

VICTORIA. Felipe Neri se alegrará muchísimo de poder disponer de ellos. Es una excelente idea que los imprima, maestro, porque son muy hermosos y sentidos; tan libres en la forma y tan elegantes.

PALESTRINA. También para mí son un verdadero deleite: resultan muy adecuados para dar espíritu a la palabra y lograr ese hablar melódico que todos buscamos, o que deberíamos buscar. No me los he tomado a la ligera, no te creas, los he trabajado con mucho rigor, pero también con placer.

VICTORIA. Como todo lo que hace, maestro. ¿Me deja que los vea?

PALESTRINA. ¿Cuándo? ¿Ahora? ¡No, no, ni hablar! Los tengo en la otra pieza y no pienso apartarme de la chimenea en toda la noche. ¡Pues no hace poco frío! Desde que he llegado a casa no he logrado sacármelo del cuerpo... Y tú, ¿qué estás haciendo? ¿Sigues también con tus composiciones a la Virgen?

VICTORIA. Sí, quiero llevar cuanto antes las vísperas a la imprenta. Creo que darán para dos volúmenes: en el primero recopilaré los cantos a santa María Virgen, los *Magníficats* en ocho tonos que le mostré el otro día.

PALESTRINA. Obras excelentes; y muy españolas, he de decir. Sigues la estela de tus grandes compatriotas, de Guerrero y de Morales... Ya ves que yo, a mi edad, aún no he preparado ningún libro de *Magnificats*. Algún día tendré que hacerlo. En eso te me has adelantado, Tomás.

VICTORIA. En poco puedo yo tomarle la delantera, maestro.

PALESTRINA. Verdaderamente has mejorado mucho estos últimos años. Has logrado una buena vocalidad y una lectura sentida de los textos sagrados. Tus composiciones están bien trabadas, son ágiles y claras.

VICTORIA. No sé si merecen esos elogios ni si mejoro tanto como debiera. Serían excelentes si mi talento igualara mi laboriosidad, porque las trabajo sin descanso.

PALESTRINA. Son muy buenas, ¡vaya si lo son! Parece mentira que el jovenzuelo que me presentaron mis hijos, ese españolillo que ya llamaba la atención en el Colegio Germánico por su sentido musical, logre composiciones tan perfectas. A Rodolfo y a Angelo les habría encantado conocer tus avances.

VICTORIA. Ellos habrían llegado a cimas más altas si el Señor no se los hubiera llevado.

PALESTRINA. Sí, el Señor se los llevó, bendita sea su santa voluntad, y yo me quedé sin dos de mis tres hijos, a ti te arrebató a tus amigos y al mundo le privó de unos buenos cristianos que habrían glorificado el santo nombre de Dios con sus composiciones.

VICTORIA. Lo que Dios quita con una mano, con otra lo da.

PALESTRINA. También se llevó a los dos nietos que me dejó Angelo y a mi hermano Silla, uno tras otro, en una sucesión de penalidades sin fin.

VICTORIA. Donde una puerta se cierra, otra se abre: así está inscrito en la ventana de un palacio de mi ciudad natal.

PALESTRINA. La única ventana que se abrió para mí fue la de la música, como siempre. Con ella expresé mi duelo y mi tormento.

VICTORIA. Las *Lamentaciones* y los *Improperios* dan fe de la enormidad de su desconsuelo, unas composiciones que, como todas las tuyas, son a un tiempo obras de arte y de piedad... Pero ha pasado el tiempo, maestro, que todo lo cura.

PALESTRINA. Y ahora Dios se ha llevado a mi Lucrezia después de treinta y tres años de matrimonio.

VICTORIA. ¡Alabado sea el Señor! Aunque no entendamos sus razones, la música en la que tanto nos afanamos es la mejor muestra de la armonía que reina en su creación.

PALESTRINA. Pues a mí me ha cumplido correr la suerte del santo Job: se diría que el Altísimo me ha escogido para ver la resistencia de un hombre ante las calamidades.

VICTORIA. Le ha señalado para que demuestre cómo sale victorioso y humilla a Satanás. Recuerde lo que dice siempre Felipe Neri sobre la tentación y los dones de la oración: rece, maestro, y dé gracias a Dios porque nos ha regalado la música para intuir su divinidad mediante el ritmo y la armonía.

PALESTRINA. Me ha dejado solo, desorientado y dolorido. Uno consagra la vida a componer misas para Él y para la Santa Madre Iglesia y va viendo cómo toda su familia desaparece al igual que se extingue el aliento de los cantores después de la última nota. La beatitud dura lo que dura la música; se acaba el motete y se disipa el estado de gracia. Luchamos por lograr texturas llenas de armonía, por conseguir que las voces se desarrollen de una forma que sea grata al oído, que exalten el culto y que muevan a devoción; y el Señor, cuya voluntad es verdaderamente incognoscible, nos enseña con sus terribles disonancias que las vidas de los hombres no son nada, son menos que nada...

VICTORIA. Pero, maestro Pierluigi, ¿quién puede adivinar los designios del Todopoderoso? Tal vez no solo quería su obra para sí, sino su vida entera, y por eso le ha enseñado a deshacer las ataduras del mundo y ha insuflado en su ánimo la idea de abrazar el estado sacerdotal.

PALESTRINA. Hacerme sacerdote... es la solución a la que me ha empujado el Señor.

VICTORIA. Es el fin natural de toda su vida, maestro. Ya que nuestro talento es un don divino, tenemos la obligación de desarrollarlo, hacer que fructifique para devolverlo con réditos.

PALESTRINA. Yo siempre he humillado mi saber, mi esfuerzo y mi industria para trabajar en lo que es más sagrado y más divino de nuestra religión: adornar el santo sacrificio de la misa de una manera nueva. En esto he seguido el aviso de los hombres más serios y religiosos, y sabes bien que he tenido que defenderme de ataques y maquinaciones para lograr que la polifonía sea una ciencia digna de este fin. He ayudado a despojarla de las canciones populares con que se adulteraba su pureza, me he esforzado

para que los textos sirvieran de base a la melodía y así resultaran comprensibles a los fieles. Creo que, gracias a la labor de músicos como yo, la Santa Iglesia tiene ahora un instrumento más limpio y poderoso para adorar a Dios y cantar sus alabanzas.

VICTORIA. Sí, y los pontífices de la Iglesia han sabido reconocerlo. Pero ahora Dios le pide un paso más. Yo, para mí, no concibo otra manera de ser, porque siempre supe que a Él le consagraría mi vida: mi estado es el sacerdocio, como la música es la inclinación a la que tiendo por instinto.

PALESTRINA. Por instinto, sí, y por formación y decisión: tú desde que empezaste en el coro de la catedral de Ávila y yo desde que pude cantar en el de Santa María la Mayor. Hemos sido organistas, cantores, maestros de coro, maestros de capilla... Pero yo no opté por la vida sacerdotal. Fui feliz en el matrimonio y por eso perdí mi puesto en el coro pontificio, ya conoces esa historia: al ascender al papado el cardenal Caraffa quiso reforzar la disciplina y decidió que solo los célibes pudieran cantar en él. Pablo IV era un hombre de ideas estrictas y decisiones incendiarias, se empeñó en reformar la Iglesia universal empezando por la corte romana. Me licenciaron por estar casado y porque ese año había publicado unos madrigales profanos. Tú dedicas a Dios toda tu música, pero yo no he desdeñado nunca las composiciones de asuntos mundanos.

VICTORIA. Yo no sabría componer ese tipo de canciones.

PALESTRINA. Después de aquel descalabro, que me sorprendió casado y con tres hijos, pasé unos años muy difíciles. Afortunadamente pude trabajar en San Juan de Letrán, aunque fuera entre andamios, y volver luego a Santa María la Mayor. Han pasado muchos papas por mi vida, no sé cuántos ya, ¿siete, ocho? Unos para bien, otros para menos bien. A todos he intentado agasajar y honrar con mis composiciones. Pero unos las han sabido apreciar más que otros. Y cuando uno de ellos se mostró particularmente inclinado hacia mi música, el Señor decidió que solo durara en el trono de san Pedro cuarenta días. Ya ves que me quita a todos los seres queridos...

VICTORIA. Pero su amor al papa Marcelo sirvió para que compusiera una misa en su honor.

PALESTRINA. He compuesto decenas de misas más. No creo que el día del Juicio el Señor me reproche haber pecado de pereza... Sí, he tenido el privilegio de trabajar para los santos padres y para los

príncipes de la Iglesia por más que sus afectos hacia mí hayan sido diversos.

VICTORIA. Siendo su música siempre magistral.

PALESTRINA. No es tan cosmopolita como la de Lasso, ya sabes que yo nunca me he movido lejos de Roma, ni tan apasionada como la tuya; pero creo que es devota como la del que más.

VICTORIA. Bien, pues ha llegado el momento de entrar en un estado más perfecto. Ya ha recibido el beneficio eclesiástico, la ordenación es solo cuestión de meses. Felipe Neri está entusiasmado con este proyecto y reza para que llegue a culminarse.

PALESTRINA. Felipe es un verdadero santo, desborda alegría y amor de Dios, y los miembros del Oratorio son un gran consuelo para mi atribulado estado.

VICTORIA. También lo son para mí. Él es un cristiano de fe profunda y dulce piedad, un verdadero estímulo para un pecador como yo.

PALESTRINA. He de decirte que, más que en mí, Felipe Neri ha puesto sus ojos en ti para que le escribas las misas y los motetes de los ejercicios diarios del Oratorio. Quiere que te conviertas en el compositor de la Congregación. Eres sacerdote seglar, comulgas con sus principios, así que no te escaparás a sus designios.

VICTORIA. Tal vez sí me escape, maestro... Tengo el propósito de marcharme de Roma.

PALESTRINA. ¿Marcharte de aquí? Pero, ¿qué dices, muchacho? Estás en la ciudad santa, en la sede del papado, en la corte más rica del mundo, adonde acuden gentes de toda la cristiandad.

VICTORIA. Quiero volver a mi tierra. Llevo aquí más de quince años, echo de menos a mi familia y a mis paisanos y estoy exhausto de tanto trabajar.

PALESTRINA. ¿Adónde quieres a ir? ¿A una catedral?

VICTORIA. No, preferiría evitarlo. Aspiro a ocupar un puesto tranquilo que me permita liberarme de las obligaciones de las capellanías de las iglesias y disponer de tiempo para componer.

PALESTRINA. ¡Quédate aquí! Puedes vivir holgadamente en tu cargo de San Jerónimo con las rentas y los beneficios de las diócesis españolas que te han ido asignando.

VICTORIA. Lo mejor que sé, lo he aprendido en Roma, y no hablo solo de música. A eso, ¿qué puedo contarle que no sepa, maestro? Pero es hora de regresar.

PALESTRINA. ¿En qué estás pensando? Sé sincero conmigo.

VICTORIA. En una capellanía de un príncipe o un gran señor.

PALESTRINA. No te arriendo la ganancia. Yo tuve ocasión de trabajar para el duque de Mantua y te digo que es mejor ejercer de maestro de capilla en una catedral bien dotada.

VICTORIA. De mi servicio al cardenal Truchness solo guardo agradecimiento.

PALESTRINA. Ya ves que Orlando de Lasso, a pesar de la perfección de su música, ha tenido que servir de bufón de su señor... Lo importante, hijo, es que mires por tu sustento y no te aflijan las estrecheces de la vida cotidiana, de modo que puedas dedicarte con libertad a la música.

VICTORIA. Abrigo el propósito de escribirle a nuestro señor el rey Felipe II.

PALESTRINA. Te deseo mejor suerte de la que tuve yo. Le dediqué dos libros de misas insinuándole que me contratara a su servicio, y recibí encendidos elogios pero poca retribución y ninguna oferta de empleo.

VICTORIA. ¿Se habría ido a su corte, maestro Pierluigi?

PALESTRINA. Sí, tal vez, si las condiciones hubieran sido buenas. Rechacé otras ofertas, has de saberlo, por ejemplo la del emperador Maximiliano II, que quería que me trasladara a Viena, pero con una retribución exigua. También le parecí muy caro al duque de Mantua. Si no nos ponemos un buen precio nosotros mismos, ¿quién nos venderá mejor? Cuando volví a dirigir la Capilla Julia, los de Santa María la Mayor pugnaron por recuperarme. Regateando entre ellos, llegué a percibir el bonito salario de 185 escudos mensuales.

VICTORIA. Ya veremos qué es de mí. Todo a su debido momento. El Señor me guiará.

PALESTRINA. Sí, te guiará, y tú no perderás el paso, porque eres espabilado y sabes cuidarte. Las ediciones de tus obras, ¿no son dignas de envidia? Papel de lujo, impresiones impecables: todo hecho con esmero y a un precio sin duda muy elevado.

VICTORIA. Tengo la suerte de contar con protectores magnánimos. Desde que los jesuitas se hicieron cargo de mí y me trajeron a Roma, Dios nunca me ha dejado de su mano.

PALESTRINA. Sin duda has de tenerlos, porque publicar es muy oneroso. Estoy seguro de que esos protectores sabrán buscarte acomodo en España.

VICTORIA. Aspiro a ir a la corte, a Madrid.

PALESTRINA. No es buen lugar ese para buscar la calma que tanto añoras. Además, la corte española es sobria y poco dada a exhibir su riqueza, y tengo la sospecha de que al rey Felipe le gusta más el canto llano que la polifonía.

VICTORIA. Hay una posibilidad que se está apuntando y que podría resultar adecuada si Dios me ayuda y los tiempos coinciden. La emperatriz María, la hermana del rey, acaba de enviudar y ya ha anunciado que no está dispuesta a quedarse a vivir en Praga. Pretende retirarse a Madrid, y se instalará en un monasterio o un convento que gozará, sin duda, de la munificencia de la familia real. La emperatriz necesitará capellanes y sonadores de órgano para los oficios, pues tengo por seguro que llevará una vida devota.

PALESTRINA. Me complace comprobar qué fina es tu inteligencia y qué acertados tus proyectos, porque eres músico, como yo, y algo he de compartir contigo del orden que reina en tu cabeza... Yo también tengo mis planes...

VICTORIA. Los conozco: hacerse sacerdote.

PALESTRINA. Yo también busco la paz y los recursos para seguir componiendo sin aprietos, para no estar al albur de los caprichos de los nobles y los cardenales. Tú sabes bien cuán agotadora es nuestra tarea, qué de obligaciones recaen sobre nuestras espaldas y cómo cansa componer cuando no nos amparan ni la tranquilidad del espíritu ni la solidez de los medios materiales. A esa preocupación por resolver de una vez por todas la precariedad de mis ingresos se suma otra que me desvela desde hace días.

VICTORIA. ¿De qué se trata?

PALESTRINA. De algo que todavía no he confesado ni siquiera a Felipe Neri.

VICTORIA. Dígame qué es, si no por mi estado sacerdotal, al menos porque somos como padre e hijo.

PALESTRINA. Por tal te tengo, Tomás, y en buena medida has reemplazado en mis anhelos y esperanzas a mis malogrados Rodolfo y Angelo... Es el caso que no siento en lo más profundo de mi alma la vocación sacerdotal.

VICTORIA. Es normal dudar, yo mismo...

PALESTRINA. No, hijo, yo no abrigo ninguna duda: es que quiero casarme.

VICTORIA. ¡Casarse! Pero si acaba de enviudar, si hace dos meses estaba llorando la pérdida de Lucrezia. Me enseñaba los madrigales diciéndome que nunca se había sentido tan inspirado para cantarle a la Virgen María como en esos momentos de dolor lacrimante...

PALESTRINA. Sí, pero he conocido a una mujer que me llenará de consuelo y sabrá ser mi compañera en los años de vejez. Es la viuda de un mercader, un peletero que le legó un negocio saneado y una fortuna no desdeñable.

VICTORIA. ¿Es rica?

PALESTRINA. Con ella no tendré que contar los escudos que me pagan o me dejan de pagar. Venderé pieles y podré comprar casas en Palestrina, viñedos y terrenos. Y lo más importante: podré componer y hacer que se publiquen mis obras. Después de que Gardano, el de Venecia, me imprima los *Madrigales espirituales*, prepararé el segundo libro de *Motetes a cuatro voces*. Para más adelante trabajaré en otro libro de misas. Como ves, no me faltan proyectos.

VICTORIA. (*Muy confuso.*) Si esa es la voluntad de Dios.

PALESTRINA. No sé si es la voluntad de Dios, pero sí es la mía. Tú lo decías antes: Dios da con una mano lo que quita con la otra, y a mí me concede, no el estado sacerdotal, sino una nueva mujer. Advierte que yo no sería un buen religioso, no son duraderas las decisiones que se toman cuando se está desesperado como lo estaba yo cuando enviudé, y no soy hombre para resistir el celibato. Te he dicho muchas veces que al componer hay que ir a lo más sencillo, que la simpleza es la regla de oro del músico; pues bien, aplíquese esa norma a toda la vida: compartir el resto de mis años con una mujer, no enredarme en las obligaciones del sacerdocio... No soy tan perfecto como tú...

VICTORIA. Yo no soy en absoluto perfecto, pecador de mí. A cada cual le asigna Dios una tarea y le muestra un camino.

PALESTRINA. Sí, y a mí me enseña el mío con toda claridad. Si tú te vas a arrimar a una emperatriz española, yo lo haré, humildemente, a una viuda romana. Y con mi nueva fortuna abrigo la esperanza de llegar a publicar algún día con tanto lujo como tú... No necesito ser sacerdote para dedicar mi obra al Señor, pero sí preciso de cierta comodidad para dar frutos en la ciencia de la música. Estoy convencido, Tomás, de que obro correctamente.

VICTORIA. (*Agachando la cabeza y santiguándose.*) Espero que así sea, maestro, y si Dios ya nos ha juzgado en el Cielo, que la posteridad sea benévola con nosotros en la Tierra.

PALESTRINA. Con nosotros y con nuestra obra. Que así sea.

1604
ORFEO

Una cámara del palacio ducal de los Gonzaga, en Mantua, a finales de marzo de 1604. GALILEO Galilei, sentado en un banco junto a la ventana, está tañendo el laúd, y Claudio MONTEVERDI, enfrente de él en una silla de cadera, le escucha aprobando con la cabeza. MONTEVERDI trabaja como músico en la corte del duque; GALILEO ha venido unas semanas para tantear si el duque querría emplearlo a su servicio. Las paredes están decoradas con frescos de vegetación cerca del artesonado, en la parte baja cuelgan tapices. Cuando GALILEO da la última nota, levanta la mirada, la fija en MONTEVERDI y le sonríe.

GALILEO. ¿Qué le ha parecido?

MONTEVERDI. Muy interesante, y muy bien tocada.

GALILEO. Ya le dije que le gustaría.

MONTEVERDI. Conocía los madrigales de Vincenzo Galilei y su música para flauta, pero nunca había oído sus piezas para laúd.

GALILEO. Ya ve que no tienen nada que envidiar a las de compositores más reputados. Mi padre era un artista excelente. Y sus investigaciones sobre los fenómenos acústicos fueron muy relevantes: demostró que Pitágoras se equivocaba al calcular las proporciones matemáticas entre las notas musicales y la longitud y la tensión de las cuerdas.

MONTEVERDI. No es poco empeño discutir la autoridad de los griegos.

GALILEO. Investigó para comprobar si acertaron en sus escritos, y dedujo que se habían dejado llevar por el gusto de los números y habían desatendido la experiencia al describir la proporción y el grosor de las cuerdas. Hay que atenerse a los fenómenos y desconfiar de las teorías heredadas: ese fue el principio en que siempre insistió mi padre y que ha marcado mi vida. La verdad

no puede enseñarse, uno mismo debe descubrirla, y mal anda quien cita el peso de la autoridad para cargarse de razón. ¿Acaso son mejores las cosas por ser viejas? Pretender que las opiniones antiguas son intocables es una falacia; si así fuera, los viejos no tendrían mejor juicio que los jóvenes aunque hayan adquirido experiencia y prudencia a lo largo de su vida. La humanidad aprende y corrige sus errores conforme pasan los siglos, y lo hace desmintiendo las opiniones falsas del pasado.

MONTEVERDI. No puedo estar más de acuerdo, maestro Galilei, y eso que dice vale tanto para la ciencia como para la música.

GALILEO. Ciertamente vale para todo, porque la observación de los fenómenos que nos rodean es la clave de la verdad. Los griegos lo entendían de la misma manera y por eso los admiraba mi padre. Le llenaba de tristeza que no haya llegado ni una sola partitura de la antigüedad hasta nosotros y se esforzaba por estudiar los pocos escritos de que disponemos sobre su teoría de la música.

MONTEVERDI. Lo sé muy bien. Vincenzo Galilei formó parte de la *Cammerata* de Florencia, el grupo de nobles letrados que empezó a cuestionar si la polifonía era la única manera de hacer música.

GALILEO. Sí, con ellos mantuvo larguísima conversaciones, iba a casa del conde de Bardi, hablaban de la manera de recuperar las formas musicales de los romanos y los griegos para superar la polifonía, que siempre consideraron una diversión indigna.

MONTEVERDI. Debe de sentirse orgulloso de ser su hijo, maestro Galileo. Yo he leído con devoción su *Diálogo de la música*. ¡Qué razón tenía al criticar ese modo de componer que hace incomprendible el texto y que solo atiende a las armonías y las disonancias de las notas sin buscar la expresión de los sentimientos!

GALILEO. Siempre quiso buscar el sentido que la música tenía para los antiguos, y decía que los madrigales, tal como se han compuesto en nuestro siglo, son una perversión.

MONTEVERDI. Muchos siguen creyendo hoy que el contrapunto y la polifonía ofrecen la manera más noble de hacer música. Hace un par de años un sujeto llamado Artusi publicó un libelo contra mí. Me reprochaba que anduviera por caminos en los que nadie se ha aventurado antes y me conminaba a atenerme a la tradición. Me acusaba de ser un vanidoso, de estar pagado de mí mismo porque no respeto las reglas heredadas de los grandes músicos y los tratadistas del pasado.

GALILEO. Ahí lo tiene: el peso de la autoridad.

MONTEVERDI. En su opinión no hay otra vía que la de la convención establecida, y mi intento de querer convertir las disonancias en consonancias es absurdo y extravagante. Lo que hago, dice él, es ruido, confusión y una sarta de errores que derivan de mi ignorancia, cuando no de mi orgullo.

GALILEO. ¿Y qué le contestó?

MONTEVERDI. Nada, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

GALILEO. Pero veo que le sigue reconcomiendo, porque si no no me lo habría mencionado.

MONTEVERDI. A nadie le gusta que le pongan en ridículo.

GALILEO. ¿Qué es lo que tanto le disgustaba a ese Artusi? Los *Madrigales* a cinco voces que acaba de publicar usted, por ejemplo, son excelentes y de una enorme valía; y en cuanto a las disonancias, logra aderezar con ellas el fluir de la melodía dándole más gracia y donaire. Mi padre decía que las disonancias aumentan el apetito y realzan el sabor como hacen las especias con la carne.

MONTEVERDI. Bien se ve que sabe usted de música, maestro Galilei, y es una lástima que las matemáticas vencieran sobre su vocación de artista y que ejerza usted de catedrático de geometría y astronomía en Padua y no de maestro de capilla en Venecia.

GALILEO. Maestro de capilla y aun rector de toda la música de ciudad será usted algún día en la Serenísima, maestro Monteverdi.

MONTEVERDI. Dios le oiga.

GALILEO. Mi padre me enseñó a tocar el laúd y el órgano desde niño, y a pintar, y yo me habría dedicado a una de estas dos artes si él no me lo hubiera impedido. Quiso evitar que sufriera las mismas penurias que a él le acosaron toda su vida e insistió en que estudiara medicina.

MONTEVERDI. Es el mundo al revés: el mío era médico y me empujó a estudiar música.

GALILEO. Ni siquiera quería que perdiera el tiempo con las matemáticas, una ciencia en la que él también era muy versado. Consideraba que, para hacer dinero y vivir con comodidad, son inútiles el buen gusto musical y la erudición. A él, con todo lo que sabía, no le fue bien. Un hermano mío sí se las arregló para seguir la tradición familiar y se hizo músico; Miguel Ángel se llama y vive en Polonia. Aunque haya heredado la profesión y las habilidades de mi padre, no ha aprendido de él ni la honradez ni

la bonhomía, porque no es amigo de pagar sus deudas... Pero no es este el momento de hablar de mis cuitas familiares. Dígame, ese Artusi que tan mal le quiere, ¿le ataca por envidia o es que por ventura no ha comprendido en qué consiste su manera de hacer música?

MONTEVERDI. De sus razones personales poco puedo hablar; pero del fondo de su argumento sospecho que, efectivamente, no ha entendido lo que pretendo cuando compongo. Vincenzo Galilei supo adivinarlo, y me atengo a lo que supieron ver él y su grupo de amigos florentinos: hay un modo de componer antiguo que viene de los franceses y borgoñones que yo llamo “la primera práctica” y que busca, sobre todo, la perfección de la polifonía de modo que la armonía gobierne sobre las palabras. Pero hay otro, que yo defiendo y que a mí me gusta llamar “la segunda práctica”, con el que se pretende, por encima de todo, que las palabras sean las dueñas y señoras de la música, que la armonía se adapte a lo que se canta.

GALILEO. Una manera de componer que no haga del contrapunto la razón de ser de la música, acortando y alargando sílabas y haciendo el texto incomprensible.

MONTEVERDI. Usted sabe que en eso me atengo a las enseñanzas de Platón, que reivindicaba la música como un arte elaborado a partir de palabras, ritmo y sonido, en ese orden.

GALILEO. Si nos hemos propuesto no invocar ninguna autoridad, tampoco Platón ha de servirnos, por grande que sea su reputación.

MONTEVERDI. (*Riéndose.*) No pierde usted ocasión de suscitar contradicciones.

GALILEO. Mis profesores en la universidad de Pisa decían que era un polemista incómodo. Pero siga usted, maestro, que este asunto me interesa sobremanera.

MONTEVERDI. La segunda práctica busca, en último término, la imitación de la naturaleza.

GALILEO. Como deben hacer todas las artes.

MONTEVERDI. Y en la nuestra se trata de ser fieles al lenguaje, que encarna las pasiones del alma. Por eso al músico le conviene manejar con destreza las armas del orador.

GALILEO. El músico puede aprender de la retórica.

MONTEVERDI. No solo aprender; como decía Quintiliano (si me permite que acuda a los clásicos para reforzar mis argumentos), la

música debe ser considerada una rama de la retórica. La retórica nos enseña que hay tres tipos básicos de pasiones: la ira, la ecuanimidad y la humildad, que se corresponden con la naturaleza de la voz humana, cuya tesitura puede ser alta, intermedia o baja. El arte de la música se refiere a estos tres estados como agitado, suave y templado. Pues bien, en toda la música de nuestro tiempo y de los anteriores, al menos en lo que a mí se me alcanza, no encontrará usted un solo ejemplo de música agitada. Siendo, como es, uno de los tres estados del alma, ¿por qué renunciamos a él y amputamos nuestra paleta expresiva?

GALILEO. ¿Y cómo se consigue la agitación en la música?

MONTEVERDI. Adoptando el pie pírrico de los griegos, es decir: dividiendo el valor de la nota en dieciséis consecutivas y acompañándola de palabras que expresen irritación o indignación... ¿Se sonríe usted?

GALILEO. Oyéndole hablar creo que entiendo mejor su manera de componer canciones y madrigales. La voz solista destaca entre las demás para expresar sus pasiones, y las armonías se atreven a describir lo que sucede en el alma.

MONTEVERDI. Exactamente. La voz habla musicalmente, el bajo se mantiene firme en la base y las partes medias se reducen a la armonía instrumental que sirve a la voz principal.

GALILEO. Comprendo sus intenciones y la teoría que las sustenta, y ahora me explico mejor la técnica del madrigal que escuché ayer, el que interpretó su capilla ante el duque; me había resultado sorprendente.

MONTEVERDI. ¿Qué fue lo que le sorprendió tanto?

GALILEO. ¡Todo! El bajo continuo obligado, la polifonía que se disuelve, los acentos dramáticos, los instrumentos que se mezclan con las voces y hacen valer sus timbres... No he oído nada igual en toda Italia. Ciertamente no es la música del pasado.

MONTEVERDI. Estoy persuadido de que así será la del futuro.

GALILEO. Usted es un enamorado del teatro, no cabe duda.

MONTEVERDI. Hacer un verdadero drama para música es mi mayor anhelo, pero ya sabe que mis obligaciones como maestro de capilla del duque no me dejan libertad para dar rienda suelta a mis deseos. Me toca ir detrás de él componiendo fanfarrias para sus tropas o coros para sus oficios religiosos. Gracias a Dios ahora no se ausenta tanto de Mantua. No fue fácil seguirle a Hungría para hacer la guerra contra los turcos, aunque sí me resultó pro-

vechoso el viaje a Flandes, y mucho más el que emprendimos hace tres años a Florencia. Allí tuve ocasión de estar presente en una representación de una obra de Peri en la que pienso de manera continua.

GALILEO. ¿La *Euridice*?

MONTEVERDI. Esa misma.

GALILEO. Tuvo mucha repercusión. Yo no la oí ni he leído la partitura, aunque creo que la han publicado; me comentaron que era fiel a los principios de la *Camerata* de mi padre.

MONTEVERDI. Es un desafío apasionante, maestro Galileo. Solo de pensar en él se me acelera el pulso y me doy cuenta de lo anodina que puede resultar mi vida en esta corte por culpa de tantas obligaciones que no me aportan nada. Lo que yo quisiera sería hacer una tragedia con música, pero al modo de los griegos y romanos: que en ella se cantara de principio a fin y que las voces estuvieran por encima del discurso de los actores pero sin convertirse en simple música cantada: algo entre el habla y la canción, ese es el justo término medio en que habría que emplearse. Podrían utilizarse los recursos del teatro griego: los coros, la figura del narrador...

GALILEO. La tragedia puede ser un género sospechoso, demasiado pagano en el sentir de algunos que invocan el Nuevo Testamento para recordar sus peligros.

MONTEVERDI. Eso, tanto da. Podríamos abandonar la noción de tragedia y usar la de drama musical.

GALILEO. Pues propóngaselo al duque, es persona curiosa y podría atraerle la idea.

MONTEVERDI. La secundaria si con ella ganara prestigio y sirviera para darle boato a su corte.

GALILEO. Nada tan fácil: insinúele que con un drama musical más logrado y más perfecto que los que se han oído en Florencia (y sin duda lo sería al escribirlo usted), superaría a la corte de los Médicis en esplendor y en fidelidad a las formas musicales de los antiguos.

MONTEVERDI. Sí, tal vez el duque se dejara seducir por ese proyecto... Su Alteza Serenísima tiene buen gusto, pero también está sujeto a muchas obligaciones políticas y militares...

GALILEO. Dígame una cosa, ya que estamos hablando del duque: usted, que le conoce bien, que lleva años trabajando para él...

MONTEVERDI: Catorce, ¡fígrese!

GALILEO. ¿Me recomendaría que entrara en su servicio?

MONTEVERDI. (*Mira a un lado y a otro, como si temiera que les estuvieran escuchando. Acerca la cabeza y susurra.*) Es una pregunta difícil. Al duque le interesan las matemáticas, por eso le ha hecho llamar.

GALILEO. Lo que quiere de mí es que aplique mis conocimientos de ingeniero para ayudarle en la construcción de defensas y máquinas de guerra. Se ve que han llegado a sus manos mis tratados sobre fortificaciones y arquitectura militar, o que se ha enterado de que en el Senado veneciano han aprovechado mis estudios para mejorar la seguridad de la República.

MONTEVERDI. ¿No le parece a usted un empleo conveniente?

GALILEO. Mis intereses van mucho más allá de esos asuntos; no me importaría dedicarme a ellos si al mismo tiempo pudiera continuar mis investigaciones sobre los imanes o la caída de los sólidos o si pudiera seguir observando el firmamento. Me hace falta un patrón que tenga amplitud de miras.

MONTEVERDI. No es sencillo dar con un benefactor de esas características.

GALILEO. No, y por eso sigo con mis clases en Padua. No me importaría continuar con ellas si no fuera porque necesito dinero y solo me cabe conseguirlo con clases privadas, que son un verdadero martirio. Acaba de nacer mi segundo hijo, he de proveer la dote de mi hermana, y mi hermano el músico me sale más caro que una mujer manirrota.

MONTEVERDI. Al menos espero que su esposa sea ordenada y humilde.

GALILEO. La madre de mis hijos no es mi esposa, pero sí reúne esas cualidades. A mi madre no le cae en gracia y las dos andan todo el día a la greña, lo que resulta una tortura sin fin. Si no estuviera sujeto a tantas trabas familiares, nada me impediría dedicarme de lleno a los ejercicios científicos y podría legar a la posteridad algún vestigio de mi paso por el mundo.

MONTEVERDI. Dejará múltiples vestigios: el péndulo, la balanza hidrostática... qué se yo, todos esos aparatos e ingenios que me ha ido describiendo estos días.

GALILEO. Pocos son. Dios nos ha dado el regalo de la vida, y mi agradecimiento, que es infinito, debe cifrarse en producir todo lo que pueda.

MONTEVERDI. A eso mismo aspiro yo.

GALILEO. No aspirará tanto cuando deja sin publicar muchas de sus obras. He tenido ocasión de leer canciones que amontona usted desde hace años y que no sé por qué no lleva a la imprenta.

MONTEVERDI. Porque no son dignas de que se conozcan.

GALILEO. Es usted demasiado exigente consigo mismo.

MONTEVERDI. En lo que creo que sí daría lo mejor de mí sería en el drama para música.

GALILEO. ¡Pues déjese de titubeos y hágalo! Seguro que ya ha pensado usted en un título.

MONTEVERDI. Tengo en la cabeza el proyecto de componer una fábula musical sobre Orfeo mejorando la que escuché en Florencia.

GALILEO. Es un mito muy adecuado: un músico que con su arte vence a la naturaleza y hasta a la muerte. Hay escritos griegos que hablan de melodías que provocaban que la gente se enojara, llorara o se adormeciera como si de pócimas mágicas se trataran. Yo creo que son meras leyendas y que, por mucho que se esfuerce un músico, no producirá nunca tales efectos; pero recuperar la historia de Orfeo es un buen inicio para la aventura que quiere emprender.

MONTEVERDI. (*Emocionándose según describe su proyecto, hasta ponerse de pie y gesticular por la cámara.*) En mi drama, Orfeo cantará con amor y desesperación, y Eurídice, con angustia y desesperanza. La música servirá para hacer que resuene la historia y nos hablará con dulzura, nobleza o rabia, al punto de incendiar o calmar los corazones y que quienes la escuchen se den cuenta de que hay una armonía superior a la nuestra, la misma que hace sonar la lira de los Cielos...

GALILEO. ¡Ay, La música de las esferas! Un buen despeñadero para perderse en lucubraciones. Bastante hay que observar en el universo sin necesidad de añadirle armonías musicales.

MONTEVERDI. Yo aspiro a lograr una música que, como la de Orfeo, mueva las selvas y las peñas, refrene los ríos, amanse las fieras, haga callar los pájaros e imponga paz en el viento.

GALILEO. No es poca cosa. Ardo en deseos de escucharla. Espero que el duque le haga ese encargo o que se sustraiga usted de su poder y pueda hacerlo por sí mismo.

MONTEVERDI. Ojalá que lo consiga y que usted sea testigo... ¿Qué piensa hacer? ¿Aceptará la oferta de su Alteza Serenísima y se vendrá a Mantua?

GALILEO. No lo sé, el duque es una persona peculiar. Mi amigo Pedro Sarpi me dice que tenga cuidado, que es un guasón, que es capaz de reírse hasta de lo más sagrado; pero a mí eso es lo que más me atrae de él. ¿Sabe lo que le pasó a Sarpi? Cuando trabajaba para Vincenzo Gonzaga recibió el encargo de pedir a varios astrólogos sus pronósticos sobre un embarazo. Pensando todos que se trataba de un hijo del duque, enviaron panegíricos y ditirambos glosando las futuras glorias del nuevo Gonzaga. Cuando el duque recopiló estos sesudos estudios, se desternilló de risa y le dijo a Sarpi que quien se había quedado preñada era una de las burras de su cuadra. Sarpi, que es teólogo y cree que la astrología es una ciencia seria, se ofendió y se despidió.

MONTEVERDI. Sí, su Alteza Serenísima tiene a veces comportamientos excéntricos.

GALILEO. Las condiciones que me ofrece son buenas; me ha regalado ya como prenda de su interés una cadena de oro rematada con una medalla con su efigie, y su hijo me ha dado dos fuentes de plata pura.

MONTEVERDI. Los Gonzaga son espléndidos cuando quieren.

GALILEO. Pero no sé, esta ciudad hundida en la niebla me llena el corazón de tristeza. Cuando veo los pantanos y la bruma del Minicio, se me agravan los achaques que mi cuerpo arrastra desde hace tiempo. Algo me huele aquí a peligro y a falta de estímulos.

MONTEVERDI. También es una ciudad de arte y riqueza. Vea los frescos del Mantenga que decoran este palacio, o las soberbias iglesias de Alberti, o los altares de Giulio Romano. ¿Y qué me dice de la colección del duque?

GALILEO. Que no es sino la herencia de sus mayores. Lo que a él de verdad le interesan son los caballos y las mujeres.

MONTEVERDI. Eso mismo dice el joven Rubens. ¿Sabe que ha querido mandarle a Francia a pintar retratos de mujeres hermosas y que él se ha negado alegando que su arte ha de dedicarse a empresas más dignas de su genio?

GALILEO. Hace bien en poner coto a los caprichos de su señor... No quiero hablar mal de esta ciudad, puesto que vive usted en ella, ni del duque, ya que debe serle fiel. Lo que quiero decirle, maestro Monteverdi, es que tengo la sospecha de que Vincenzo Gonzaga no sabrá apreciar mis dotes, como tampoco valora las de Rubens ni en su día las de Torcuato Tasso... ni se da cuenta de que tiene en su corte al mejor compositor vivo de Europa.

MONTEVERDI. Reserve la adulación para el duque.

GALILEO. Regresaré a Padua y desde allí consideraré qué hacer. Entretanto, cuando me ahoguen los aprietos, cuando mi madre siga denostando a la mujer con quien vivo o cuando mi juicio sea incapaz de entender algún secreto de la naturaleza, tañeré mi laúd y me consolaré con él.

MONTEVERDI. Ojalá pudiera hacer yo ciencia para consolarme de mi música.

GALILEO. ¿Consolarse de su música? ¿Quién necesita consolarse de la perfección?